

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

« Es aristocrático en sus gustos, — dice José Tible Machado — cultísimo en sus maneras, refinado en su estilo. Y aunque sus inclinaciones naturales y sus favoritos pensamientos vayan siempre como en ideal caravana, viajando por países de ensueño ó de tiempos ya idos y deliciosamente bellos — no es Ricardo Fernández Guardia de los que pasan las horas de sus días, silenciosos y meditativos cual iconos bizantinos entre el ambiente de solitarias y místicas estancias... ¡Ah, no! — en el cuadro de su personalidad la figura del *boulevardier* elegante no se ha esfumado aún á pesar de las vulgaridades y devaneos de nuestra vida cotidiana y de las agitaciones y luchas de nuestra política. Así, tal criado ú otro de Bignón ó del Café Riche que le viera mañana sentado á alguna de las mesillas tan favorecidas por los príncipes de la moda parisiense, habría de reconocer al punto al antiguo parroquiano y á buen seguro que no sospecharía su procedencia de la tierra de los *rasta-quouères*.

» Lo mismo que del hombre se puede decir del artista literario. Adora siempre lo refinado y lo pulido; y si sus corbatas se distinguen por el arreglo elegante, sus prosas atraen por el corte correcto y donoso. Á veces diríase de algunas de sus frases que brillan, como los granates que forman la biconadura de su blanquísima pechera, con brillo atrayente y misterioso. »

LA PRINCESA LULÚ

Muy concurrida estaba aquella tarde la tertulia del célebre pintor Bouez. Había corrido la noticia de que el cuadro que destinaba al próximo Salón estaba terminado, y esta era la causa de haber acudido al taller gran parte de sus amigos, entre los cuales figuraban, con raras excepciones, los hombres más ilustres de París. Carlos Bouez era un predilecto de la fortuna: desde muy joven había adquirido mucha nombradía, colocándose en la primera fila de la brillante pléyade de los pintores franceses de fines de este siglo. Á los treinta y siete años se veía rico, colmado de honores y dueño de un precioso hotel en la avenida de Villiers. Era además oficial de la Legión de Honor, miembro del Instituto de Francia, y había obtenido, un año antes, la tan codiciada medalla del Salón, por su cuadro del *Nacimiento de Venus*, que representa á la diosa rubia surgiendo de la espuma de las olas. Su figura varonil era agradada y su traza la del pintor moderno: alto, vigo-

roso y con unos bigotazos que le hacían parecerse á un capitán de coraceros.

Un nuevo cuadro de Bouez era siempre un acontecimiento muy interesante para todas las personas relacionadas de alguna manera con el arte. De las manos del gran pintor sólo podía salir una obra maestra, una de esas telas que nacen para ser colgadas en las paredes de un museo ó en la galería de un archimillonario. De aquí que la tertulia que tenía lugar todos los martes en el estudio de Bouez, fuera aquel día más numerosa que de costumbre. La vasta habitación caprichosa y ricamente alhajada y con techo de vidrio de la cual habían salido tantas maravillas del pincel y de la paleta, no era ya bastante á contener todas las personas de viso que habían acudido como obedeciendo á una cita. Los pintores, literatos y críticos mejor reputados andaban allí codeándose con ricos banqueros y nobles de muchas campanillas. « Admirable, soberbio, asombroso », eran las palabras que salían de todos los labios al contemplar el cuadro último de Bouez, artísticamente colocado sobre un caballete de encina, y ya metido en su marco de oro.

La pintura era realmente magnífica. Representaba á una mujer desnuda y en pie junto á un arroyo que bajaba, saltando de piedra en piedra, por entre un bosque. *La ninfa del riachuelo* era el nombre que Bouez había puesto á su cuadro. Nunca se vió ninfa más bonita; no era posible pedir más al arte ni al humano ingenio; aquella mujer era idealmente bella, con esa belleza delicada que tan

bien sabe expresar la pintura moderna. Sus cabellos de oro caían desparramados sobre la curva exquisita de los hombros, y los finos y largos perfiles del cuerpo se destacaban con incomparable gracia y maestría en el fondo verde de la tela. En sus ojos, azules como el zafiro, brillaba el pensamiento y debajo de aquella carnación tan llena de vida, casi se veía correr la sangre. Un capricho del pintor le había puesto en el seno izquierdo un lunarcito color de rosa que resultaba muy cuco. Todos corrían á estrechar la mano del pintor, llenándole de alabanzas que éste recibía visiblemente satisfecho y con una modestia no fingida que le estaba muy bien.

— Mi querido Bouez — dijo de repente la voz sonora del príncipe Savinow, — sois un gran pintor y habéis hecho una maravilla; pero es lástima grande que estas mujeres tan lindas sólo vivan en las paletas de los grandes maestros, que se ven obligados á servirse de distintos modelos para llegar á obtener un conjunto perfecto.

— Os equivocáis, príncipe — replicó Bouez; — la Naturaleza, esa artista sin rival, sabe hacer cosas tan bellas y perfectas, que ningún pintor en el mundo, así resucitara el mismo Apeles, es capaz de igualar. Sin ir muy lejos puedo citaros un ejemplo: este cuadro no es más que un retrato, retrato fiel de una parisiense.

— ¿Es posible? — exclamó el ruso sorprendido.

— Y tan posible!

— ¿Es decir que la mujer que os sirvió de modelo es en un todo semejante á esta ninfa?

— Es mucho más bella aún.

— ¡Cáspita! ¿Y el lunarcito rosado?...

— No es una fantasía; lo tiene el modelo.

— ¿Y sería pecar de indiscreto preguntaros quién es esa mujer?

— Siento mucho no poder contestar á esa pregunta; yo mismo no lo sé.

— ¡Cosa rara! No conocéis á una mujer que os ha servido de modelo.

— Cosa rara, en efecto.

— Pero habéis dicho que es parisiense.

— Sí; es lo único que he podido averiguar.

— Se trata, pues, de un misterio.

— Misterio ó cosa así, cuando menos de uno de esos detalles curiosos de la vida de París.

Poco á poco se había ido formando un círculo alrededor de ambos interlocutores, y todos parecían ansiosos de oír de labios del maestro la picante anécdota que parecía deber resultar de la conversación entablada.

— Contadnos cómo ha sido eso — dijeron varias voces en coro. Bouez se acercó á un velador cubierto de copas y garrafitas de cristal llenas de vinos extranjeros, y después de tomar un cigarro de la Habana de una caja abierta, lo encendió y fué á apoyarse en una mesa de estilo Renacimiento preciosamente labrada. Cada cual se fué arrellenando para escuchar con más comodidad, en los sillones de cuero de Córdoba y los divanes orientales que adornaban el taller en artístico desorden.

— El invierno pasado — comenzó á decir el

pintor, entre dos bocanadas de humo — tuve el antojo de hacer el retrato de Rosita Mauri, la bailarina española, con el gracioso traje que saca en la Farándula. Ella se prestó gustosa á mi deseo y mi obra fué adelantando con mucha rapidez; el conjunto me tenía satisfecho, pero había un detalle, un pliegue picaresco de la boca, que no me era posible reproducir; por momentos era tanta mi impaciencia que sentía deseos de arrojar mis pinceles por el balcón. Un día se me figuró que ya iba á triunfar de la dificultad. ¡Sí, casi era eso; otro movimiento imperceptible de la mano y el plieguecillo rebelde quedaba fijado sobre la tela! En este instante abrió la puerta Francisco, mi ayuda de cámara, me distraje y todo se lo llevó el diablo. Ya pueden ustedes suponer de qué manera le recibí. Traía recado de una joven que deseaba hablar conmigo de un asunto de la mayor importancia, y que se había negado á dar su nombre. Al principio rehusé verla, pero Rosita abogó con tanta gracia en favor de la desconocida, que me dejé ablandar.

— Me encontré con una mujer joven, vestida de riguroso luto y cubierta la cara por un largo y tupido velo negro.

— ¿Es al pintor Bouez á quien tengo el honor de hablar? — me preguntó con una voz muy dulce, pero en cuya vibración se traslucía una impaciencia contenida.

— Yo mismo soy, señora. Si tenéis algo que decirme, os ruego que sea pronto, porque tengo mucha prisa.

— Seré breve — prosiguió ella; — yo tampoco tengo mucho tiempo que perder. Hace solamente ocho días que murió mi pobre madre, señor Bouez, y ya he recibido dos veces la visita de la justicia que se empeña en quererse llevar los restos de nuestra miseria. Necesito dos mil francos para salvar los pobres recuerdos de mi madre, y he pensado en vos para obtenerlos.

— Le contesté que no tenía inconveniente en favorecerla, pero que debía tener en cuenta que dos mil francos eran ya una suma de consideración.

— Veo que no me habéis comprendido — repuso ella con el mismo acento dulce y breve; — yo no he venido aquí á pedir una limosna, sino á proponeros un arreglo en que tal vez no seré la más favorecida.

— ¡ Un arreglo ? Veamos cuál es y si me conviene.

— Á cambio de los dos mil francos que necesito, os serviré de modelo para un cuadro. — Al decir esto levantó el crespón que la cubría, quedándome yo pasmado ante esa cara divina — y el pintor señaló la de la ninfa.

— Sois en verdad muy hermosa — dije después de contemplarla un rato, — pero nosotros los pintores no tenemos por costumbre contentarnos con sólo ver la cara de nuestros modelos, y no sé si esto puede conveniros.

— Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor y me pareció que vacilaba.

— Bien está — replicó en seguida con ademán

resuelto; — al venir aquí ya sabía lo que se me esperaba; me veréis toda y si la reproducción de mi cuerpo os parece valer dos mil francos, me los daréis mañana mismo, porque después ya sería tarde.

— Convenido.

— Volveré mañana.

— Hasta mañana pues; venid temprano, á las ocho.

— La bailarina me preguntó con interés por el resultado de mi entrevista con la joven y yo se lo referí, pareciéndole muy divertido. Eché mano del pincel con nuevo ardor y por fin pude atrapar el maldito pliegue. Al día siguiente llegó la muchacha á la hora convenida; traía los ojos muy llorosos; al verla casi estuve tentado de ponerle los dos mil francos en la mano y decirle que se marchara, pero ella me desconcertó por la manera resuelta con que hizo ademán de comenzar á despojarse de sus ropas; temía sin duda que le faltara el valor. La conduje á un gabinete que está detrás de ese tapiz de Persia, y á los pocos minutos reapareció temblando de vergüenza y radiante de hermosura; en su carita de virgen se leía el sufrimiento que le causaba el sacrificio de su pudor. ¡ Qué angustiosas debían de ser las circunstancias que así la obligaban á exponer su cuerpecito desnudo á la mirada ofensiva de un desconocido ! Tuve lástima de la pobre niña y le ofrecí que se fuera, llevándose el dinero.

— Quiero ganarlo — me contestó con firmeza; — yo no recibo limosna.

— Esta es, señores, la historia verdadera del origen de ese cuadro — continuó Bouez, — uno de los tantos lances originales que presenta diariamente esta vida endemoniada de París, y que varían desde la más negra infamia hasta el heroísmo más sublime.

— ¿Y tampoco sabéis el nombre de esa mujer? — preguntó de nuevo y con interés el príncipe Savinow.

— Sé que se llama Luisa; en cuanto á su apellido nunca me lo quiso decir, haciéndome prometer, además, que no trataría de saber quién era ni donde vivía.

— Promesa que no habéis cumplido, por supuesto.

— Al contrario, promesa que he cumplido religiosamente.

— Sois un modelo de galantería, mi querido Bouez — dijo el ruso en tono jovial — yo hubiera prometido, pero en cuanto á cumplir, ya es otra cosa.

Como se iba haciendo tarde, fueron desfilando todos, muy contentos de tener una curiosa anécdota que llevar á los más elegantes *boudoirs* de París, donde sería discutida, y comentada. Cuando ya no quedó nadie, el príncipe Savinow se acercó á Bouez y mirándole fijamente le dijo:

— Dadme palabra de caballero de que cuanto nos habéis referido con respecto á esa mujer es la pura verdad.

— ¿Dudáis? — replicó el pintor amoscado.

— No tal; pero es posible que delante de tanta gente no hayáis querido decirlo todo, y he pensado que tal vez no tendríais inconveniente en confiármelo á mí solo.

— Lo siento mucho, pero no podría añadir una palabra más á lo que ya he dicho.

— ¿Palabra de caballero?

— Palabra de caballero.

Y el príncipe se marchó después de sacudir cordialmente la mano de su amigo el pintor Bouez. El tal príncipe Savinow era un tipo curioso de eslavo excéntrico. Dueño de una fortuna colosal, tenía la idea de que nada en este mundo resiste al atractivo fascinador de los billetes de banco; y en esto es preciso confesar que no andaba muy descaminado. Entre otras manías extravagantes, una le había hecho célebre en San Petersburgo. Todos los años y á la misma época se aparecía en aquella ciudad con una nueva querida que forzosamente había de tener alguna cosa rara. Unas veces era una japonesa de amarilla tez y pómulos salientes, otras una bayadera india ó una esclava marroquí. Pero agotado que hubo la lista de los países exóticos, preciso le fué dedicarse á buscar sus ejemplares raros en Europa. Á esta causa obedeció el rapto de la Soledad, una gitana de Sevilla que bailaba tango en el circo de Verano, y otras calaveradas ruidosas que pronto le colocaron á la cabeza de los más famosos trapisondistas europeos. Desgraciadamente cada año se le dificultaba más el encontrar una mujer que reuniera las condiciones necesarias para mantener

su fama á la misma altura. Se iba agotando el ramo y ya se acercaba el tiempo en que debía llegar á San Petersburgo, según su costumbre, con el nuevo tesoro descubierto, sin que nada hubiera podido hallar. ¿Habría llegado el día de renunciar á su triunfo anual? Si este fuera el caso ¡qué vergüenza para él! Y el príncipe se mataba buscando por todo París lo que le hacía tanta falta.

Lo que Bouez había relatado en la tertulia fué para él un rayo de luz y esperanza. ¡Qué triunfo si lograba llevarse aquella beldad maravillosa! Una perla nacida en París y descubierta por él. ¡Esto sí que era nuevo!

— Vamos — se dijo el príncipe al bajar las escaleras de la casa de Bouez, — ó yo he de poder muy poco ó me llevo la ninfa á Rusia.

Al día siguiente, estando todavía el pintor en la cama, recibió una esquelita concebida en estos términos: « Mi querido Bouez: Haréis de mí el hombre más feliz de la tierra enviándome, con el portador una fotografía de la cabeza de la *ninfa del riachuelo*. Os lo agradecerá eternamente. — *El príncipe Savinow.* »

— Ya tenemos al príncipe en campaña — pensó el maestro mientras ponía dentro de un sobre lo que su buen amigo y mejor cliente le pedía.

* * *

Pasó una semana sin que el pintor volviera á saber del príncipe. Una mañana que había salido á dar un paseo por el bosque de Boloña, al llegar cerca del pabellón chino, sintió un galope precipitado. Miró hacia atrás y contuvo su montura al ver á Savinow que avanzaba á revienta cinchas haciéndole señas de que lo esperase.

— Amigo Bouez — le gritó desde antes de llegar, — me alegro mucho de veros. Ya sé quién es la ninfa. Carillo me ha costado, pero al fin lo he podido averiguar.

— Á la verdad que se necesita ser tan afortunado y rico como vos para lograr descubrir á una muchacha en París, sin más dato que una fotografía.

— Nada se le dificulta al que puede pagar cada cosa según su valor ó el que le quieran dar. En cuanto llegó á mis manos la fotografía que tuvisteis la amabilidad de remitirme, me fui con ella á una de esas agencias que viven de averiguar los secretos ajenos. « Buscadme, les dije, á la dueña de esta cara; se llama Luisa y vive en París; ya sabéis que pago bien. » Cuatro días después supe que la ninfa se llama Luisa Lambert, por otro nombre Lulú, y que es una costurera muy honradita.

— ¿Qué más?

— Sin perder tiempo fui á verla y le ofrecí un capital por que se marche conmigo á San Petersburgo.

— ¿Y bien?

— Nada, que me echó á la calle con cajas destempladas.

— ¿Qué pensáis hacer?

— Doblar mi oferta.

— ¿Y si también la rechaza?

— La triplicaré; estoy dispuesto á llevarme á esa muchacha.

— Sois un demonio, príncipe, un demonio de oro. ¡ Pobres Margaritas!

* * *

El príncipe dobló, triplicó y cuadruplicó su oferta. Siempre la misma negativa. El escéptico calavera comenzaba á dudar por primera vez en su vida de la omnipotencia del oro.

Volvió á casa de la muchacha que rara vez salía de su buhardilla, resuelto á desprenderse de la mitad de su riqueza si era preciso.

— Perdéis el tiempo, príncipe — le contestó ella.

— He jurado morir honrada, y no tenéis bastante dinero para hacerme vuestra querida.

— Y yo he jurado á mi vez, encantadora Lulú, llevaros á Rusia y no he de economizar medios para conseguirlo.

— Pues yo sólo conozco uno.

— ¿Cuál es?

— Hacedme princesa.

Diez días después publicaba *El Figaro* la siguiente gacetilla:

« El príncipe Vladimiro Savinow, tan conocido y apreciado en la alta sociedad parisiense, acaba de poner punto final á su vida borrascosa, casándose con una linda costurera de Batignolles; hoy mismo han salido los nuevos esposos para San Petersburgo. Detalle picante: la señorita Luisa Lambert, hoy día princesa Savinow, sirvió de modelo al afamado pintor Bouez para su magnífico cuadro de *La ninfa del riachuelo*, el cual ha sido comprado por el príncipe ruso en una suma fabulosa. »

Y así fué como la señorita Lulú, costurera de Batignolles, vino á ser la princesa Savinow.

RIP-RIP

POR

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

LIBRERIA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.